



**Nombre del alumno: Litzi Guadalupe
Piñón López**

**Nombre del profesor: José Elías
Martínez Cruz**

Nombre del trabajo: Ensayo

**Materia: Problemas socioeconómicos
contemporáneos**

Grado: III cuatrimestre

Grupo: Único

Pichucalco, Chiapas a 31 de julio del 2020

Ensayo

La composición cultural de Chiapas ha mostrado, a lo largo de su historia, una extrema diversidad que no ha permanecido estática sino, por lo contrario, mantiene una vitalidad y una creatividad que expresan vívidamente las corrientes profundas del proceso civilizatorio mesoamericano. Forma parte de Mesoamérica, una civilización milenaria cuyo desarrollo se ha basado en el cultivo del maíz, articulado en torno a la milpa, territorio donde se producen los elementos de la dieta básica y también los excedentes que generarán un intenso intercambio y la formación de sociedades complejas, integradas fundamentalmente por dos grandes estratos: el de los campesinos productores directos y el de la clase dirigente, compuesta por sacerdotes, guerreros y comerciantes.

Las sociedades mesoamericanas muestran una gran diversidad en el tiempo y en el espacio; en la dimensión temporal encontramos procesos históricos que, a partir de las primeras aldeas de productores agrícolas, dan lugar a sistemas sociales y económicos de mayor alcance, los cuales cristalizan en sistemas políticos estatales que ejercen una hegemonía sobre grandes conjuntos sociales y, desarrollándose de manera cíclica, pueden alcanzar una duración de siglos.

Estos grandes ciclos son los que los arqueólogos han tratado de definir acudiendo a diversas concepciones teóricas y tipológicas.

Una característica de las sociedades mesoamericanas a lo largo del tiempo ha sido su gran movilidad, expresada en procesos migratorios de diverso alcance, lo que ha conducido a entramados complejos y al establecimiento de redes, alimentadas por el intercambio comercial y religioso.

El resultado de este activo intercambio ha sido la formación de una base común compartida por todas las sociedades, aunque cada una funda una tradición propia, específica, que le distingue del resto.

No solamente es el intercambio, el proceso que construye una base común, de mayor importancia es el trabajo agrícola en torno al maíz, experiencia fundamental a partir de la cual se configura una compleja concepción del mundo.

La organización del trabajo agrícola genera formas colectivas constituidas por las relaciones de parentesco, de las cuales emergen sistemas patrilineales que conducen a

formas patriarcales diversas, fortalecidas por la ideología que rodea a la actividad guerrera. El trabajo agrícola, centrado en el cultivo de la milpa, sienta las bases para la configuración de una matriz espacio-temporal, que da lugar a una cosmovisión específica. Los referentes generales de la cosmovisión mesoamericana se establecen por medio de la experiencia de trabajo, la observación cuidadosa de la naturaleza y la reflexión existencial frente a las condiciones del trabajo mismo.

Así, las concepciones temporales tienen como punto de partida la diferencia básica entre la temporada de lluvias y la de secas; a la primera la caracteriza la mayor actividad, y la gran preocupación sobre las condiciones que habrán de permitir obtener los frutos con los que subsistirán hasta el próximo ciclo de trabajo. De hecho, la creación de los calendarios tiene como objetivo el establecimiento de las diferentes fases de desarrollo de la milpa, fundamentalmente del maíz; el sistema vigesimal delimita las etapas del trabajo agrícola, las veintenas; a partir de ellas se fundan los rituales para cada una de las fases: desde lo que sería después la bendición de las semillas hasta la recolección de la cosecha.

La falta de valores de la sociedad es muy impresionante obtener esos saberes ya que podemos realizarlos nosotros mismos por la cultura de todos los estados.

En la sociedad donde vivo la multicultural se relaciona mucho en diferentes entornos, se puede observar los labores o también por nuestros padres y abuelos, ellos dan el valor de reconocer la cultura que nos reflejan a través de nosotros.

Los hablantes de lenguas náhuatl se encontraban en dos rutas, por una parte, la que desciende del sur de Veracruz y occidente de Tabasco, de la región de los ahualulcos, sigue por las montañas del occidente chiapaneco y continúa hacia Centroamérica por el valle del río Grijalva, o Río Grande de Chiapas.

Luis Reyes encontró todavía hablantes de náhuatl en Soyaló, en los años cincuenta del siglo xx. Por esa ruta llegaron también, en el siglo xv, representantes de México-Tenochtitlán que controlaron las salinas de Ixtapa.

La otra ruta es la franja costera, donde los ejércitos de la Triple Alianza habían dominado al señorío de Xoconochco, una importante región productora de cacao, cuyo tributo está consignado en el Códice Mendocino.

Por estas dos rutas pasaron los contingentes que hablaban lenguas náhuatl y se asentaron en diferentes partes de Centroamérica; también pasaron hablantes de la familia

otomangue, quienes, junto con los hablantes de náhuatl, llegaron hasta la península de Nicoya, frontera meridional del área mesoamericana.